



## LA TRANSICIÓN, VIVA

**L**os peores vicios del siglo XIX perduraron en España. No consiguieron superarlos la II República, auténtico fracaso por mucho que se evoque en determinados ambientes con

nostalgia, ni el franquismo de cuatro décadas: no es predicable que el desarrollo económico sin libertad sea un modelo adecuado. España, país de peso medio en el panorama mundial, precisaba de un status interior y exterior acorde con los tiempos y con el ámbito europeo en el que debíamos estar incardinados. Nada mejor para ello que empezar por hacer que los españoles dejaran de ser súbditos, para convertirse en ciudadanos de pleno derecho, y que éstos pudieran orientar sus esfuerzos a un futuro de progreso real, cimentado en la irrenunciable convivencia cívico-democrática.

Procedía, por tanto, en un país en cuya clave de bóveda empezaban a estar las tan necesarias clases medias, abrir la puerta a la democracia, con toda la prudencia que las circunstancias requerían. La labor no fue fácil. Las fuerzas, en la inevitable pugna acción-reacción, dificultaban los tímidos pasos hacia el aperturismo. El temor a la *vehementia cordis* de los españoles que proclamaba Plinio y a la que el "modestísimo y solo" Sánchez Albornoz, desde su exilio, consideraba como característica aún vigente, pudiera producir algún estallido. Miedo al pasado, miedo al presente, miedo al futuro, en un país traumatizado y en el que aún se pudiera pensar, con Cánovas, que "son españoles los que no pueden ser otra cosa". El peso de décadas en las que se separaban los buenos de los malos, los cesantes de los escaladores; lustros padeciendo salvadores de todo pelaje, centrifugos, centripetos o simplemente demoleedores... Difícil cosa desprenderse de tanta rémora.

Felizmente, hubo un puñado de valientes que supieron vencer los fatalismos, los tópicos y exorcizar el miedo, ofreciendo un futuro que merecía la pena afrontar con fe en un pueblo que no necesitaba ni paternalismos ni experimentos revolucionarios, sino libertad. Pura y llanamente libertad. El único camino plausible era el del paso pacífico a un sistema de corte europeo, en plenitud democrática. Bajo la dirección del Rey, se pusieron manos a la obra Fernández Miranda, Suárez y tantos otros políticos que, aun

precedentes del franquismo, tenían la suficiente amplitud de miras y optaron por trabajar para demoler el muro vergonzante de las dos Españas. Empezaron ellos, y con responsabilidad encomiable se unieron al proyecto gentes de la izquierda, conscientes también de que la labor de reconciliación nacional exigía renunciarse y arrimar el hombro.

Dicen que las cortes franquistas se hicieron el harakiri. Es cierto que allanaron el camino a la reforma política, no sé si embrujadas o resignadas ante la marea imparable del ansia de libertad. Sea como fuere, aprobaron aquella ley que el pueblo, al que se pidió hablar y habló con claridad y contundencia, ratificó en referéndum. Se convocaron Cortes constituyentes y, una vez más en el camino de la normalidad, se legalizó el Partido Comunista. La Constitución del 78 se promulgó, y alternaron los gobiernos, no sin intentos venenosos de retrotraernos a la España de los espadones. Entramos en la Comunidad Económica Europea, hoy llamada Unión, y tomamos posesión del lugar que nos correspondía entre las naciones occidentales. El polvo del siglo XIX, el de los fracasos sangrientos del XX, empezaba a ser sacudido de nuestros pies.

Hoy no faltan quienes ponen en almoneda aquel milagro español. Por eso creemos que procede celebrar con orgullo el espíritu de la Transición, la reconciliación nacional como argamasa del edificio constitucional más sólido conocido en nuestra historia, aunque parece que algunos ladrillos van cayendo.

Por todo esto, y porque muchos olvidan y otros ignoran, sobre todo, quizá, los más jóvenes, el Foro Zafrense ha querido conmemorar y afirmar como viva, en este año en el que celebramos los 30 años de las primeras elecciones democráticas tras el franquismo, la existencia de ese espíritu. Lo haremos celebrando una conferencia, que impartirá un protagonista directo, el ex ministro de Gobernación e Interior y ex vicepresidente del Gobierno con UCD Rodolfo Martín Villa. Pero, sobre todo, afirmando que la Transición debe vivir, porque su espíritu es algo que no debe tener caducidad; nuestra democracia debe llegar a convertirse en una estable y aburrida sucesión de gobiernos que velen por la cosa pública. Entre tanto, y me parece que aún queda tiempo para ese estado de madurez, el ánimo de concordia debe ser exhibido de cuando en cuando.

Juan Carlos Fernández,  
Presidente del Foro Zafrense.  
[www.juancarlosfernandez.es](http://www.juancarlosfernandez.es)